

lencio, sofocada. Ega atravesó despacio por entre unos soldados que corrían á beber en la cantina. En la puerta del buffet, volvióse todavía y se quitó el sombrero. Ella, de pie, movió levemente el brazo en un lento adiós. Y así fué como por última vez en su vida vió á María Eduarda, alta, muda, destacándose negra sobre la claridad, á la puerta de aquel vagón, que para siempre la llevaba.

XVII

Semanas después, á primeros de año, la *Gaceta Ilustrada* publicaba este suelto:

“El distinguido y brillante sportman don Carlos de Maia y nuestro amigo y colaborador don Juan de Ega, han salido hoy para Londres, de donde seguirán para la América del Norte y el Japón. Numerosos amigos fueron á bordo del *Tamar* á despedir á los dos simpáticos viajeros. Vimos, entre otros, al señor ministro de Finlandia y su secretario, el marqués de Souzaelle, conde de Gouvarinho, vizconde de Darque, Guillermo Craft, Telles de Gama, Taveira, Villaça, general Sequeira, el glorioso poeta Alencar, etc., etc. Nuestro amigo y colaborador Juan de Ega, nos ha prometido enviarnos en algunas cartas sus impresiones del Japón, de donde nos vienen el sol y la moda! Es una buena noticia para cuantos son amigos de la observación y del donaire. *Au revoir!*”

Después de aquellas líneas afectuosas, en las que Alencar colaborara, las primeras noticias de los

"viajeros," llegaron en una carta de New-York, escrita por Ega á Villaça. Era corta, toda de negocios. Llevaba sólo una posdata con el título de *Informes generales para los amigos*. Narraba la mala travesía de Liverpool, la tristeza persistente de Carlos y New-York cubierta de nieve bajo un sol rutilante. Y añadía esto: "Se apodera de nosotros la embriaguez de los viajes y estamos decididos á viajar hasta que se *curen nuestras tristezas*. Proyectamos ir á Pekin, pasar la gran Muralla, atravesar el Asia Central, el oasis de Mery, Khiva y penetrar en Rusia; de allí, por Armenia y por Siria, descender á Egipto, vigorizarnos en el sagrado Nilo; subir luego á Atenas, dirigir sobre la Acrópolis una salutación á Minerva; pasar á Nápoles; dar una ojeada á Argelia y Marruecos, y caer, en fin, en Santa Olavia allá para mediados del 79, á descansar los miembros fatigados. No escribo más porque es tarde y vamos á la Opera para ver á la Patti en *El Barbero de Sevilla*. Inacabable distribución de abrazos á todos los amigos queridos."

Villaça, que había copiado este párrafo, lo enseñó á todos los fieles amigos del Ramillete, quienes aprobaron con admiración tan bellas y venturosas jornadas. Sólo Cruges, aterrado con aquella casi vuelta al mundo, murmuró tristemente: "No volverán aquí."

Pero año y medio después, en un hermoso día de Marzo, Ega reapareció en el Chiado. Fué una sorpresa sensacional. Venía espléndido, más fuerte, más moreno, soberbio de *verbo*, lujoso, lleno de historias y de aventuras de Oriente, no tolerando nada en arte y poesía que no fuese del Japón ó de la China y anunciando un gran libro, "su libro," con el grave título de crónica heroica: *Jornadas de Asia*,

—¿Y Carlos?...

—¡Magnífico! Instalado en París, en una deliciosa quinta de los Campos Elíseos, haciendo la gran vida de un príncipe artista del Renacimiento...

Sin embargo, á Villaça, enterado de todo, confesó Ega que Carlos quedara todavía algo abatido. Vivía, reía, guiaba su faetón en el Bosque, pero, en el fondo de su corazón, continuaba aún, pesada y negra, la memoria de la "Semana terrible."

—Mas los años van pasando, Villaça, y con los años todo pasa en la tierra...

Y aquel año pasó. Nació gente, murió gente, los trigos maduraron, los árboles quedaron marchitos. Pasaron también otros años.

A fines de 1886, Carlos vino á pasar la Navidad á Sevilla, á casa de un amigo suyo de París, el marqués de Villa-Medina. Desde la propiedad de los Villa Medina llamada *La Soledad*, escribió á Lisboa, á Ega, participándole que después de su expatriación de casi diez años, había resuelto volver al viejo Portugal, ver los árboles de Santa Olavia y las maravillas de la Avenida. Además, tenía que comunicar á Ega una formidable nueva que le dejaría asombrado; así era que si ardía ya en curiosidad, podía ir con Villaça á su encuentro, para comer el cerdo en Santa Olavia.

— ¡Se va á casar! — pensó Ega.

Hacia tres años que no veía á Carlos, desde su última ida á París, y desgraciadamente no podía correr á Santa Olavia pues estaba recluso en el *Hotel Braganza*, á causa de una angina. Villaça, no obstante, llevó consigo á Santa Olavia, una carta para Carlos, de Ega, en que éste explicaba lo de su angina y le suplicaba que no se retardase en aquellos peñascos del Duero y que volase á la gran capital con la gran noticia.

Carlos, en efecto, estuvo poco tiempo en Rezen-
de. Una luminosa mañana de Enero, de 1887, reuni-

dos ya los dos amigos, almorzaban juntos en el salón del *Hotel Braganza*, con las dos ventanas que daban al río abiertas de par en par.

Ega, ya curado, radiante, en una excitación que no se calmaba, saboreando el café, se calaba á cada paso el monóculo para admirar á Carlos y “su inmutabilidad.”

— ¡Ni un pelo blanco, ni una arruga, ni una sombra de fatiga! ¡Todo eso es debido á París, chiquillo!... Lisboa envejece. ¡Mírame á mí, mira esto!

Y con un dedo adelgazado, señalaba dos pliegues profundos á los lados de la nariz, en la faz chupada. Pero lo que sobre todo le aterraba era la calva, la calva que comenzara hacia dos años por sobre la frente y ya relucía en todo lo alto de la cabeza.

— ¡Mira este horror! ¡La ciencia para todo halla remedio menos para la calva! ¡Se transforman las civilizaciones, la calva queda siempre igual!... Ya tiene aspecto de bola de billar, ¿verdad?... ¿De qué será?

— Es la ociosidad — dijo Carlos riendo.

— ¡La ociosidad!... ¿Y tú, entonces?

Además, ¿qué podía hacer él en este país?... Cuando volvió de Francia, últimamente, pensó en entrar en la diplomacia. Pero después reflexionó. ¿En qué consistía la diplomacia portuguesa? En otra forma de ociosidad, pasada en el extranjero, con el sentimiento constante de la propia insignificancia. Era preferible el Chiado.

Y como Carlos nombrara la política, ocupación de los imbéciles, Ega se enfadó. ¿La política? ¡Eso era moral y físicamente aburrido, desde que el mercantilismo atacara el constitucionalismo como una filoxera! Los políticos eran una especie de muñecos que obedecían á los movimientos que imprimían á sus cordeles los banqueros. Como caso extraordina-

rio y que en ningún país ocurría, era digno de saberse que en Lisboa, había algunos salones en que se recibía á todo el mundo menos á los políticos. ¿Y por qué? ¡Porque *aburrían á las señoras!*

—Mira Gouvarinho. Verás que no recibe los miércoles á sus correligionarios...

Carlos, que sonreía, encantado de aquella vena acerba de Ega, dió un salto en la silla.

—¿Es verdad? ¿Qué hace la Gouvarinho, nuestra buena Gouvarinho?

Ega, paseando por la habitación, le dió noticia de los Gouvarinho. Hacía poco tiempo, que la condesa heredó unos sesenta mil duros de una tía excéntrica que vivía en Santa Isabel, y tenía ahora mejores carruajes y recibía á medio Lisboa, todos los miércoles. Pero sufría una enfermedad bastante grave, no sabía si en el hígado ó en los pulmones. Era muy elegante todavía, muy sería, una verdadera flor de mogigatería... El, Gouvarinho, continuaba por ahí, charlatán, escritor, politicastro, lleno de canas, dos veces ministro, orador incorregible y cubierto el pecho de grandes cruces...

—¿Les viste en París últimamente?

—No; les fui á dejar tarjeta; pero acababan de marchar á Vichy.

Se abrió la puerta y resonó una voz ronca:

—¡Gracias á Dios que te encuentro, muchacho!

—¡Alencar!—exclamó Carlos.

Hubo un abrazo apretado. Alencar estaba de veras conmovido. Ega presentóle una silla y preguntó:

—¿Qué tomas, Alencar? ¿Cognac? ¿Café? ¡Qué traigan café bien cargado!

El poeta contemplaba á Carlos, le estrechaba las manos. Hallábale magnífico, robusto... Paris conserva...

—Y Lisboa, revienta—replicó Ega.—Mira, aquí tienes el café y el cognac.

Carlos contemplaba también á Alencar. Y le encontraba más guapo, más genial con su cabellera blanca y aquellas arrugas en su faz morena, que parecían surcos de carros, abiertos por el paso de las emociones...

—¡Estás soberbio, Alencar! ¡Ahora estás á punto para que te levanten una estatua!...

El poeta sonreía, pasando con complacencia sus dedos por las greñas y por el bigote blanco que la edad blanqueara y el cigarro amarilleaba. ¡Qué diantre, algunas ventajas ha de tener la vejez!... En todo caso el estómago no era malo y se conservaba entero el corazón.

—¡Lo que no impide, Carlos, que esto se ponga cada vez peor! ¡Ea! ¡no sigo! La gente se queja siempre de su país. Ya lo hacía Horacio. Ustedes saben que en tiempo de Augusto... Pero... ¡vayan al cuerno los romanos! ¿Qué hay en esta botella? ¿Chablis? En otoño es bueno para las ostras. ¡Allá va el Chablis! ¡A tu llegada, Carlos! ¡A la tuya, Juan, y que Dios os dé las glorias que merecéis, muchachos!...

Bebió. Murmuró: “¡Buen Chablis!”

—¡Qué Tomás!—gritó Ega.—No hay otro como él. Dios le hizo eu un instante de *verve* y luego rompió el molde.

¡Bah! decía el poeta; otros mejores que él había. La Humanidad procedía del mismo barro, según la Biblia, ó del mismo mono, según Darwin.

—Todas esas cosas del origen de las especies me parece... Claro es que Lamarck, Darwin, Spencer, Bernard, Littré son sabios de veras. ¡Pero hace muchos miles de años que el hombre prueba que tiene alma!

—¡Toma el café, Tomás!—aconsejó Ega.— Se te va á enfriar.

—Gracias. Ya dí la muñeca á la niña. Empezó á besarla, con aquel profundo instinto de madre... Es una sobrinilla, Carlos. Quedó sin madre y yo la recogí y procuro convertirla en una mujer... Quiero que vengáis á comer un día, para daros unas perdicetas á la española... ¿Estarás días aquí, Carlos?

—Sí, una ó dos semanas, para respirar el aire de la patria.

—¡Tienes razón, muchacho!—exclamó el poeta cogiendo la botella del cognac.— No es esto tan malo como se dice. ¡Mira este cielo, este sol, este río!

—¡En efecto, es encantador!

Los tres, durante un momento, se fijaron en la incomparable belleza del río, ancho, lustroso, sereno, tan azul como el cielo, espléndidamente iluminado por el sol.

—¿Y cómo estamos de versos?—preguntó Carlos.

Alencar hizo un ademán de desaliento. ¿Quién entendía ya la lengua divina? El nuevo Portugal sólo comprendía la lengua del dinero. ¡Ahora todo eran sindicatos!

—Pero aun á veces se me ocurre algo... ¿No has visto en los diarios?... ¡Bah! No debes leer estos periódicos... He aquí una cosa dedicada á Juan. No sé si recordaré...

Pasóse la mano por el rostro demacrado y lanzó esta estrofa con voz lastimera:

Luz d'esperança, luz d'amor,
Que vento vos desfolhou?
Que a alma que vos seguia
Nunca mais vos encontrou!

Carlos murmuró: "¡Muy bonito!," Ega dijo: "¡Muy fino!," Y el poeta, asintiendo, ya conmovido, añadió

Minh' alma em tempos d'outr'ora
Quando nascia o luar,
Como um rouxino! que acorda
Punha-se logo a cantar.

Pensamentos eram flôres
Que a arange lenta de Maio...

—El señor Cruges—anunció el criado.

Carlos abrió los brazos, y el maestro, de gabán claro, se abandonó á la efusión de Carlos, balbuceando:

—Sólo ahora he sabido que estabas aquí. Quería ir á esperarte, pero no me acordé...

—¿De modo—exclamó Carlos alegremente—que aun te olvidas de todo?

Cruges se encogía de hombros ruborizado, después de tantos años de separación. Carlos le obligó á sentarse á su lado.

—¡Deja que te felicite! Supe por los periódicos tu triunfo, tu linda ópera cómica, la *Flor de Sevilla*...

—*De Granada*—rectificó el maestro.—Sí, no fué del todo mal.

—¡Una magnificencia!—exclamó Alencar, llenándose de nuevo la copa.—Una música meridional, llena de luz, de aroma de naranjos... Ya se lo tengo dicho: "¡Déjate de operetas, muchacho; escribe una sinfonía histórica!," Hasta un día le dí asunto: la partida de Don Sebastián á Africa. Cantos de marineros, atabales, un coro de pueblo, olas que rompen en la playa... ¡Sublime!

Pero el maestro, inquieto, confesó que no podía detenerse.

Confesó ruborizándose á Carlos que tenía una cita.

—¿De amor?

—No... Es Barradas que me está haciendo el retrato.

—¿Con la lira en la mano?

—No—contestó el maestro muy serio.— Con la batuta. Me retrata de frac.

Y desabrochó el gabán, mostrándose en todo su esplendor, con dos corales en la pechera y la batuta de marfil saliendo por la abertura del chaleco.

—¡Estás magnífico!—exclamó Carlos.—Entonces, ven á comer con nosotros por lo menos. Y tú también, Alencar, ¿eh? Quiero oír tu hermosa poesía con sosiego... A las seis en punto, sin falta. Tengo una comida á la portuguesa que encargué esta mañana, con cocido, arroz al horno y unos pasteles...

Alencar hizo un pronunciado gesto de desdén. Jamás el cocinero del *Bragansa*, francesote miserable, estaría á la altura de esos nobles guisos de Portugal. En fin, se acabó. ¡Sería puntual, á las seis, para saludar con alegría á Carlos!

—¿Van á salir ustedes?

Carlos y Ega irían á visitar el Ramillete. El poeta declaró que eso era una obligación sagrada, y que él les dejaba y se iba con el maestro. Su dirección era también por el lado de Barradas... ¡Era mozo de talento ese Barradas!... Un poco sombrío, todavía por pulir, pero una bella persona.

—¡Y tiene una tía, hijos míos! ¡Leonor Barradas! ¡Qué ojos, qué cuerpo! Pero no era esto sólo. Había que ver también su alma, su poesía, su amor al sacrificio!... Ya no queda de esto. ¡En fin, hasta las seis!

—A las seis en punto, sin falta.

Poco después, Carlos y Ega marchaban por la ca-

lle del Tesoro Viejo, cogidos del brazo, muy lentamente.

Hablaban de París, de muchachos y mujeres que Ega conociera, hacía cuatro años, con Carlos. Ega iba de sorpresa en sorpresa á cada nombre evocado. ¿Qué era de aquella mocedad? La Lucy Gray, muerta. La Conrad, muerta... ¿Y la María Blond? Gorda, aburguesada, casada con un fabricante de velas de estearina. ¿El polaco? Había huído. ¿Mr. de Menant, aquel don Juan? Subprefecto del departamento de los Doubs. ¿Y aquel muchacho que vivía al lado de ellos, el belga? Arruinado en la Bolsa... Y todavía otros más, muertos unos, olvidados otros, hundidos en el lodo de París!

—Pues bien mirado, chico,—observó Ega,—es infinitamente más preferible esta visita de Lisboa, simple, pacata, comedia.

Habían llegado á Loreto; Carlos se detuvo, mirando, entrando de nuevo en la intimidad de aquel viejo corazón de la capital. Nada había cambiado. El mismo centinela soñoliento rondaba en torno de la estatua triste de Camoens. Las mismas cortinas encarnadas pendían de las dos iglesias. El *Hotel Alianza* conservaba igual aire desierto y mudo. Un hermoso sol doraba el empedrado; pertigueros con el sombrero en la faja fustigaban á los caballos; en una esquina pasaban el tiempo fumando vagabundos harapientos, y en la esquina de enfrente, en la Habanera, fumaban también, pasando el tiempo, otros vagos de levita, que politiquéaban.

—¡Esto es horrible cuando se viene de fuera!—exclamó Carlos.—No es la ciudad, es la gente. Una gente feísima, sucia, dejada, grosera, amarillenta, achaparrada...

—Pues la ciudad ha ganado algo,—afirmó Ega muy serio.—Has de ver la Avenida... Antes de ir al

Ramillete, vamos á dar una vuelta por la Avenida.

Fueron descendiendo al Chiado. Al otro lado los toldos de las tiendas extendían en el suelo una sombra fuerte y dentada. Carlos iba reconociendo, recostados á las mismas puertas, sujetos que allí dejara hacía diez años, ya recostados así, ya así melancólicos. Tenían arrugas, tenían canas. Pero allí seguían aún, estacionados, apagados y mustios, con la misma ropa, con collares á la moda. Después, delante de la librería Bertrand, Ega, riendo, tocó á Carlos en el brazo.

—¡Mira quien está allí, á la puerta de Baltresquil Era Dámaso. Dámaso, barrigudo, necio, más pesado, con una flor al ojal, fumando un gran cigarro, con el aire embrutecido de un rumiante harto y feliz. Al ver á sus dos viejos amigos, hizo un movimiento como para esquivar el encuentro, refugiándose en la confitería; pero insensiblemente, irresistiblemente, plantóse en frente de Carlos, con la mano extendida y la sonrisa en la boca.

—¡Holal ¿tú por aquí? ¡Qué gran sorpresa!

Carlos le alargó dos dedos, sonriendo también, con aire de indiferencia.

—Sí, Dámaso... ¿Cómo va eso?

—Aquí, todo insulso, desaborido... ¿Y qué tiempo estarás?

—Unas semanas.

—¿Estás en el Ramillete?

—No en *Braganza*. Pero no te incomodes, porque estoy siempre fuera.

—¡Pues sí, señor! Yo también estuve en París, hace tres meses, en el *Continental*...

—¡Ah!... Bien, me alegro de verte, hasta siempre!

—Adiós, chicos. Tú estás bueno, Carlos, tienes buena caza.

—Son tus ojos, Dámaso.

En los ojos de Dámaso, en efecto, parecía revivir su admiración, y examinaba á Carlos, estudiándole por detrás la levita, el sombrero, el andar, como en el tiempo en que Maia era para él el tipo supremo del *chic* "una de esas cosas que sólo se ven fuera..."

—¿Sabes que se casó Dámaso?—dijo Ega, cogiendo otra vez el brazo de Carlos.

Carlos quedó asustado. ¡Qué! ¿Dámaso casado? Sí, casado con la hija de los condes de Agueda, gente arruinada con rebaño de hijas. Le habían guardado para él la más joven. Y Dámaso, verdadera providencia para tan distinguida familia, paga ahora los vestidos de las más viejas.

—¿Y es bonita?

—Sí, bonitilla... Ahora hace las delicias de un muchacho simpático, de Barroso.

—¿Y Dámaso?

—Pues... abandonado. Pero muy satisfecho y cada vez más gordo.

Carlos se detuvo asombrado y miraba las barandillas de un primer piso cubierto de damascos como en día de procesión. Iba á preguntar cuando de entre un grupo que estaba en la puerta se destacó un muchacho, que gritó á Ega, reventando de risa:

—Si va usted aprisa, aun la hallará ahí cerca. ¡Corral

—¿A quién?

—¡A Adosinda!... Va vestida de azul, con plumas blancas en el sombrero... Juan Elysen le puso el bastón entre las piernas y por poco la echa al suelo... ¡Corra, hombre, corral

En dos zancadas el muchacho volvió al lado de sus amigos, quienes examinaban con una curiosidad de provincianos á aquel hombre de tan alta elegancia que iba con Ega y que era desconocido para